

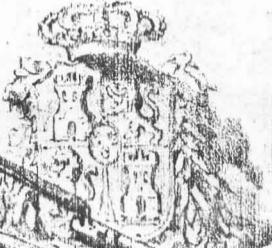
H. 1466  
F. 201

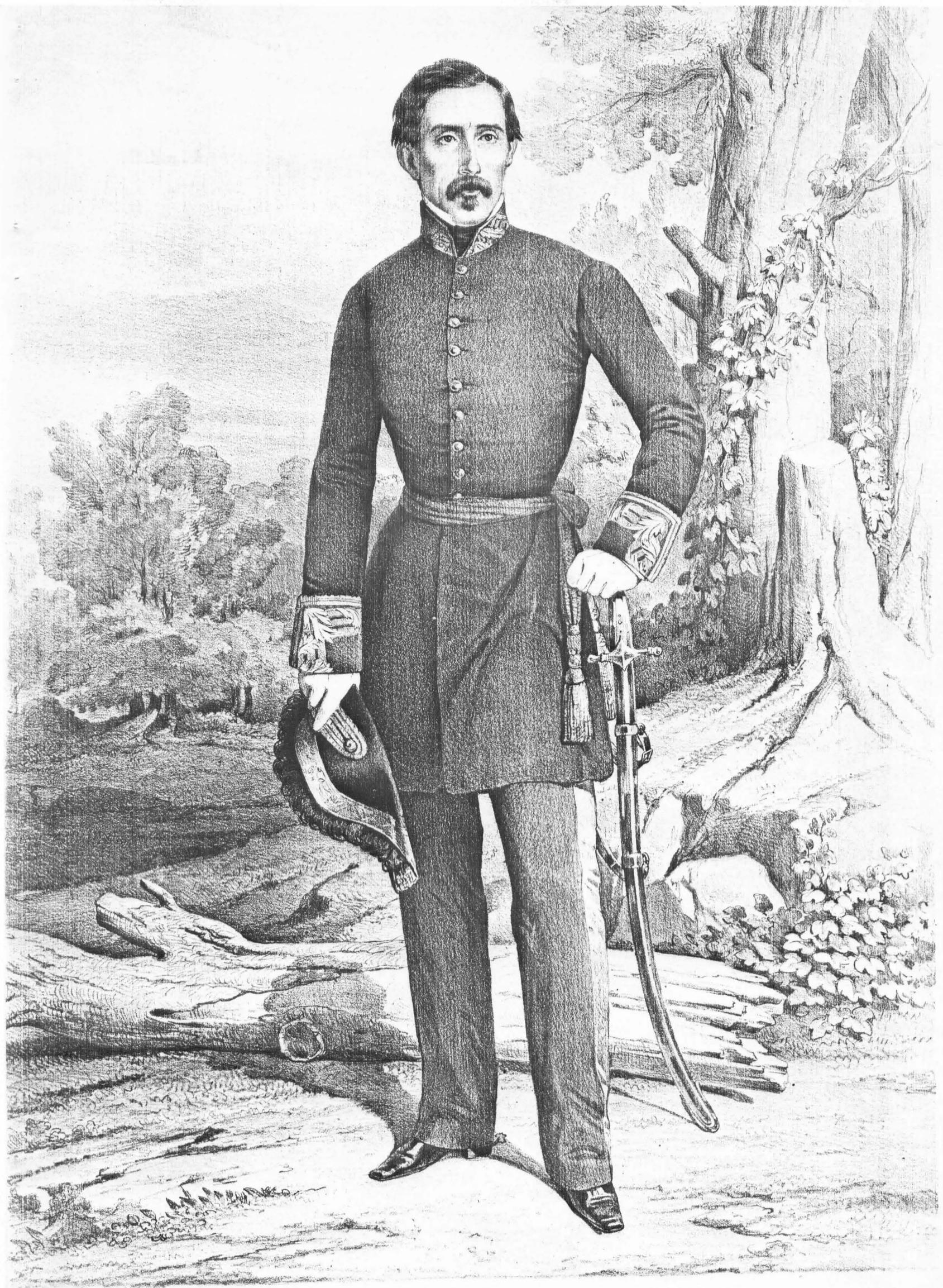
ADL  
193



ESTUDIO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO

HISTORIA  
DE LOS  
**GENERALES**  
QUE MAS SE HAN DISTINGUIDO  
acompañada  
DE LOS RETRATOS DE CUERPO ENTERO  
Redactada bajo la dirección  
DE  
D. PEDRO CHAMORRO Y BAQUERIZO.





dib. y lit.

Lit. de la Obra a cargo de González Factor de Madrid

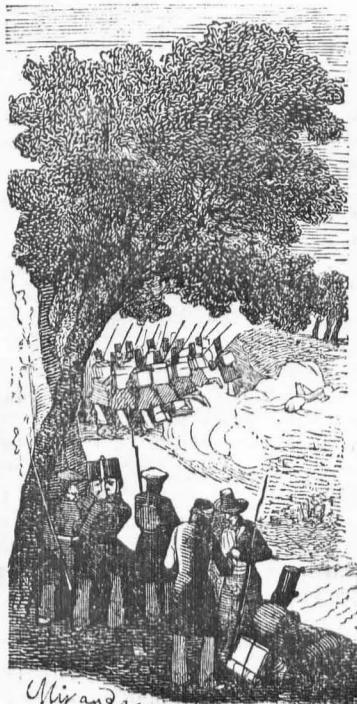


*Ignacio Gurria*

# EL MARISCAL DE CAMPO DON IGNACIO GURREA.

PROCEDENTE DEL ARMA DE CABALLERIA.

—►►►►► Su antiguedad 29 de julio de 1854. ◄◄◄◄◄



**N**ació D. IGNACIO GURREA en Ujué, provincia de Navarra, el dia 2 de febrero de 1812, siendo sus padres el general D. Manuel Gurrea, que murió gloriosamente en la batalla de Andoain el año de 1837, y doña Teresa Medrano. Educáronse D. IGNACIO y sus hermanos en un colegio de Inglaterra, donde permanecieron hasta 1830, que pasaron á otro de Francia. El año de 1833 le pasaron en Burdeos con su padre, de quien empezaron á recibir las primeras nociones militares, inclinándose los tres hermanos á la carrera de las armas. Había comenzado el año de 1834 cuando regresaron á España, y habiendo el general, su padre, ofrecido sus servicios á S. M. la Reina, como conocedor que era del teatro de la guerra, fué destinado á las inmediatas órdenes del general en jefe, que era á la sazón el marqués de Rodil. Estimaba este mucho al bizarro general Gurrea, y habiendo este manifestado su deseo de que

entrassen sus hijos como cadetes en el arma de caballería, el general Rodil se opuso y los hizo ingresar en el cuerpo de Carabineros, de que era inspector, con el objeto de que ascendieran al empleo de alférez con mas prontitud y facilidad.

1834.—Como soldado distinguido del cuerpo de Carabineros de Costas y Fronteras, empezó, pues, á servir GURREA en 1.º de julio de este año; en 31 del mismo mes se halló en la acción de Artaza; en 5 de noviembre en la de Sesma; y en 15 de diciembre en la de Barabia.

1835.—En 16 de enero fué nombrado GURREA alférez de caballería por orden de D. Francisco Espoz y Mina, general en jefe del ejército de operaciones del Norte, aprobando S. M. este nombramiento por Real orden de 27 de marzo siguiente, y quedando desde luego incorporado al regimiento caballería de Castilla, 1.º de Ligeros.

Agregado después al E. M. de aquel ejército, desempeñó GURREA á satisfacción de sus jefes cuantas comisiones le fueron confiadas, encontrándose en la mayor parte de las acciones que en aquella campaña tuvieron lugar, mercediendo particular mención la de Elzaburu el 11 de marzo; la de la meseta de Larramendi el 12, donde fué tan distinguido su comportamiento que mercedió la cruz de San Fernando de 1.ª clase que le colocó el general Mina sobre el campo de batalla; la de Mendigorri el 16 de julio, portándose en ella tan bizarramente que fué premiado con el grado de teniente de caballería, disfrutando también la condecoración que se concedió á los que se encontraron en aquella jornada; la acción de la ermita de Cirauqui el 16 de octubre; y las del 27 y 28 del mismo en Guevara y Salvatierra.

En 10 de noviembre de este año pasó á las órdenes del general de Lacy Evans como su ayudante de campo, mandando este general el cuerpo de ejército de la costa de Cantábrica.

1836.—Con el mismo general y en la legión auxiliar británica se halló GURREA el 16 de enero en la acción de Andijur, continuando en operaciones hasta que en 5 de mayo tuvo lugar la toma de las líneas de San Sebastián contra las fuerzas carlistas que mandaba Sagastibelza. GURREA se distinguió en este sangriento hecho de armas de una manera tan notable que mercedió ser ascendido á teniente de caballería, obteniendo también la cruz de distinción correspondiente.

Después asistió á la acción del paso del río Urumia y toma de Pasa- jes el 28 del mismo mes; á la del 31 en que los carlistas atacaron las

líneas de Ayete; al ataque general de las líneas por los mismos el 6 de junio donde se hizo particular mención de su conducta y arrojo; al del 9 en las mismas líneas; á la acción del 11 de julio al frente de Fuenterrabia, y á la del 1.º de octubre en las inmediaciones de Ametzagaña, haciendo mención de su nombre en el parte elevado al gobierno de S. M.

Consta asimismo de la hoja de servicios de este general, que tenemos presente, que á las órdenes del expresado comandante general de la legión auxiliar británica, GURREA mostró un celo nada común por el mejor servicio, cumpliendo satisfactoriamente cuantas comisiones se le confiaron.

1837.—Con el mismo general se encontró el 10 de marzo en la toma de las líneas de Ametzagaña, y el 15 del mismo en la brillante y feliz acción y asalto de las de Oriamendi, donde fué ocupado este fuerte con dos cañones, la venta, casa fortificada y barricadas inmediatas, y el 16 en la que con menos fortuna sostuvieron las tropas liberales en el mismo sitio, siendo desalojados por los carlistas, considerablemente reforzados, de las mismas posiciones que el dia anterior habían tan denodadamente conquistado. En estos reveses de la fortuna es donde se prueba verdaderamente el temple de las almas, y donde se acrisolan y demuestran los quilates de verdadero valor que el corazon abriga. GURREA en medio de la dispersion general hizo cuanto puede hacer un hombre de honor y un oficial pundonoroso que prefiere la muerte en el combate á la deshonra de la huida, empeñándose con grave riesgo en hacer entender su deber á los fugitivos soldados, como puede verse en la siguiente notable recomendación que hizo de este ayudante al general en jefe el brigadier Le Marchant.

«Al dirigirme en la mañana del 16 de marzo al centro de la linea á dar órdenes á la brigada ligera, observé que el 8.º regimiento de la misma cedia el terreno, retirándose con rapidez en el mayor desorden. A alguna distancia de mí observé también, con especialidad, que el teniente GURREA desenvainó su espada, procurando en alta voz exitarlos á volver á su puesto, lo que al fin logró, colocándolos otra vez en posición. El teniente GURREA se dirigió con el 8.º regimiento al extremo de la linea de los tiradores enemigos, y durante largo tiempo permaneció expuesto á un vivísimo y mortífero fuego, animando á los soldados y ofreciéndose á conducirlos á la carga. Poco después el teniente GURREA cargó con denuedo con el primer regimiento de lanceros, mandados por el coronel Wakefield, y le hirieron de un balazo el caballo que montaba, debajo del cual quedó postrado.

«Durante los últimos diez y ocho meses he tenido frecuentes ocasiones de ver al teniente GURREA en el campo de batalla, mostrando siempre su serenidad e intrepidez; pero su notable bizarria en la acción del 16, reuniendo un regimiento dispersado y dando un noble ejemplo á oficiales y soldados de otra nación, ha excitado mi admiración en el mas alto grado: así es que, animado de estos sentimientos, tengo la mayor complacencia en elevar á la consideración de V. E. el nombre de este joven y bizarro oficial.—San Sebastián 17 de marzo de 1837.—El brigadier jefe de E. M.—Gaspar Le Marchant.»

El general Evans al dar cuenta al gobierno de este hecho le decía:

«Considero que por el bien del servicio de S. M., oficiales como este debieran adelantarse en el ejército, y ya le recomiendo también muy especialmente por su conducta en otra acción anterior, y le considero acreedor á mucha recompensa.»

En otra ocasión dijo también el mismo general Evans refiriéndose á GURREA:

«Se ha distinguido por su valor en todas las acciones que ha mandado en servicio de S. M. y no solo se ha distinguido como mi ayudante en el campo, sino es que en su importante cargo, como secretario

»militar mio, ha llenado sus deberes con notable fidelidad, discrecion é »inteligencia.»

Por esta accion de Hernani GURREA fué propuesto para el inmediato empleo de capitán, no siéndole concedido mas que el grado. GURREA, sin embargo, cargando en aquella accion con una fuerza de lanceros ingleses recibió una terrible contusion, que le tuvo postrado mas de tres meses: sus amigos querian pidiese la cruz laureada de San Fernando; pero él, demasiado modesto, no quiso hacerlo.

Concurrió despues GURREA al ataque que los carlistas dieron el 6 de mayo en la linea de Loyola; á la toma de Hernani el 14 del mismo; al sitio, asalto y toma de Irún en los dias 16 y 17 donde mereció ser recomendado, y obtuvo otra cruz de San Fernando de 1.<sup>a</sup> clase, ademas de la de distincion que se oreó por aquel hecho de armas; y el 29 del mismo mes á la accion de Andoain, siendo por su bizarria promovido á capitán sobre el mismo campo de batalla.

Disuelta la legión inglesa, el general en jefe D. Baldomero Espartero quiso nombrar á GURREA su ayudante de campo; pero este le manifestó que si bien agradecía la distincion, siendo ya capitán efectivo deseaba pasar á servir en un regimiento de su arma, porque siguiendo en el E. M. como hasta entonces, podía, si la guerra duraba, llegar á ser jefe sin conocer practicamente el servicio y mecanismo de los cuerpos, ni las necesidades del soldado. El general en jefe aprobó esta honrosa resolucion diciendo que no la olvidaría y le preguntó en qué cuerpo deseaba servir. GURREA eligió el de Húsares de la Princesa, incorporándose á él en 1.<sup>o</sup> de setiembre, y se halló en la accion de Huerta del Rey y en la de Arquijas, continuando en campaña el resto del año.

1838.—Continuaba la guerra en las provincias del Norte sostenida por ambos partidos beligerantes con obstinado empeño, y ya desde principios de año se halló GURREA en la accion de Biurrum que tuvo lugar el 15 de enero; en la de Legarda y toma del puente de Belascoain y reductos de Ziriza el 28, 29 y 30 del mismo, y el 9 de febrero en la de Bargota. En los dias 19 al 22 de junio se halló en el sitio y rendicion de Peñacerrada, en cuya toma tuvo su regimiento una parte muy gloriosa, siéndole concedido para el estandarte 3.<sup>a</sup> corbata de San Fernando. GURREA supo distinguirse particularmente y obtuvo en recompensa el grado de teniente coronel sobre el campo de batalla, confirmado esta gracia S. M. por real despacho de 6 de setiembre y antigüedad de 22 de junio. El 14 de julio se encontró tambien en la toma del fuerte de Labraza, el 2 de setiembre en la sorpresa de Lodosa, y en la accion de La Poblacion el 14 de diciembre.

1839.—Despues de sufrir los crudos y peligrosos campamentos que tuvieron las tropas con motivo de los sitios de los fuertes de Ramales y Guardamino, tomados finalmente á los carlistas en los dias 8 y 14 de mayo, asistió GURREA el 24 á la ocupacion de Orduña; el 14 de agosto á la accion de Villareal de Alava; el 20 á la toma del fuerte de San Antonio de Urquioa y el 31 al célebre convenio de Vergara, marchando en octubre con el ejército al territorio aragonés, donde todavía se ostentaban pujantes las armas carlistas.

1840.—Ultimo esfuerzo por parte de los unos para sostener una causa ya aspirante y por la de los otros para coronar una victoria que ya no parecía dudosa, pero que todavía debía ser muy disputada, la campaña de este año presentó una notable serie de brillantes hechos de armas. GURREA se halló en el sitio de Segura desde el 23 al 27 de febrero, en el de Morella desde el 19 al 30 de mayo, y en junio fué nombrado ayudante del general en jefe duque de la Victoria, quien también le eligió su secretario de campaña para reemplazar al general Linaje.

Con el referido general Espartero se encontró GURREA en todos los movimientos y operaciones que se practicaron en Cataluña, y especialmente en la batalla y toma de Berga el dia 4 de julio.

Por Real despacho de 28 de diciembre y con la antigüedad de 50 de mayo le fué conferido el empleo de comandante de escuadron en premio del mérito que contrajo en las operaciones ejecutadas para la toma de Morella y su castillo, cesando con este motivo en el mando de la compañía de Tiradores del regimiento de Húsares que había tenido desde 1838.

1841.—Continuó GURREA desempeñando las funciones de ayudante del general D. Baldomero Espartero, Regente á la sazon del reino y tambien las de su secretario particular, habiendo cesado en el cargo de secretario de campaña á la disolucion de los ejércitos reunidos; y se halló al lado del gobierno en los sucesos del 7 al 8 de octubre, por lo que disfruta la cruz correspondiente. El 19 del mismo mes salió con el Regente para las provincias del Norte donde continuó hasta su completa pacificación, siéndole conferido el 10 de noviembre grado de coronel en recompensa de los servicios que prestó; y regresando á Madrid el 23 del mes últimamente citado.

1842 y 1843.—Permaneció en su mismo destino de ayudante del Regente del reino á quien acompañó á Barcelona cuando estalló la rebelion de aquella ciudad en el mes de noviembre, corriendo despues sus mismas vicisitudes y acompañándole en todas sus marchas hasta que en julio de 1843 emigró con él á Inglaterra. No queriendo entonces GURREA ser gravoso á su familia entró como dependiente en una casa de comercio. El duque de la Victoria se opuso mucho á esta resolucion ofreciéndole amistosamente; pero GURREA con una delicadeza esquisita insistió en ello.

1844 á 1855.—En la dura suerte de emigrado permaneció GURREA en Londres en la expresa clase de dependiente de una casa de comercio, hasta que nombrado el duque de la Victoria senador del reino vino GURREA á Madrid en octubre de 1847 á saber si aquel general podía y debía volver. Regresó luego á buscarle y volvió con él á España en enero de 1848; pero en mayo del mismo año fué preso GURREA y embarcado en San Sebastian para Cadiz.

Allí le pusieron en libertad, confinándole á Puerto-Real y asegu-

rándole el gobernador de Cadiz que no se le deportaría; pero á las 24 horas le volvieron á prender cuando mas confiado estaba: resuelto, sin embargo, á no dejarse embarcar logró fugarse, y aunque con dificultad se refugió en Gibraltar.

Esta persecucion no estaba justificada por motivo alguno, pues entonces GURREA no se ocupaba de asuntos politicos, y «prescindiendo de las maneras con que me trataron en mas de una ocasión, dice el mismo general, hubo incidentes que me afectaron cruelmente, siendo uno de ellos el de haberme pasado preso por el mismo campo de batalla donde había muerto mi padre, y para hacer mas notables las vicisitudes humanas, los jefes que me conducian habian sido carlistas.»

Desde Gibraltar pasó GURREA á Móntpellier, acompañando á un amigo suyo que iba enfermo, y deseaba consultar los médicos de aquella ciudad; hasta que en virtud de la amnistia regresó á España en julio de 1849.

No queriendo volver á ingresar en el ejército buscaba GURREA ocupacion cuando D. José Salamanca le ofreció, en nombre de la empresa, el empleo de director de explotacion del ferro-carril de Aranjuez. Aceptó GURREA, pero pondonoroso en extremo, pidió tiempo para instruirse en un ramo que no conocia, y en efecto pasó á estudiarle á Paris, haciéndolo con tanto celo y aprovechamiento que á su regreso á Madrid pudo instruir el personal, y prepararlo todo para la inauguracion y servicio del camino, permaneciendo en este destino hasta 1852, y ocupándose despues en obras públicas con una sociedad de amigos. Durante todo este tiempo se le ofreció por algunos ministros, pero mas particular y amistosamente por el general Lersundi, volver á ingresar en el ejército; mas GURREA se negó constantemente á ello, deseando tan solo ocuparse de los negocios con que decorosamente se procuraba la subsistencia.

«Hasta mediados del 52, dice el mismo general, no me ocupé de política, pero observando entonces la honda division del partido moderado, principié á ponerme de acuerdo con algunas amigas de varias provincias, con la condicion de que solo conmigo habian de entenderse. »Este fué el origen de mi presentacion en Zaragoza en el alzamiento de julio de 1854, habiéndome pedido así mis amigos politicos.

»Hallábase en Bilbao en 30 de junio cuando supé que O'Donnell había dado el grito. Al dia siguiente me puse en marcha, que hice á caballo, y con arreglo á lo convenido el dia 3 de julio estaba ya en casa de un amigo en un pueblecito inmediato á Zaragoza, llamado Ainzón, y tres dias despues en aquella ciudad oculto en la casa de campo de D. Juan Brui, á quien debí los cuidados mas amistosos.

»El 17 se hizo el alzamiento y el ayuntamiento y mayores contribuyentes eligieron la junta: el Duque presidente honorario, yo presidente; y el 21 me nombró la junta capitán general del distrito, y la Reina me confirmó en el mismo cargo en 1.<sup>o</sup> de agosto.

Despues de haber visto como el mismo general refiere la parte que tomó en el alzamiento, solo nos falta añadir, que como comprendido en el Real decreto de 30 de agosto le fué abonado el tiempo que había estado separado del servicio por causas politicas, desde 1.<sup>o</sup> de agosto de 1843 revalidándosele el empleo de coronel con fecha 1.<sup>o</sup> de julio de 1845, el de brigadier con la de 30 del mismo mes y año, y confiriéndole el empleo de MARISCAL DE CAMPO con la antigüedad de 29 de julio de 1854.

1855.—Continuaba GURREA en el desempeño de la capitania general de Aragón, tan importante bajo muchos conceptos, cuando ocurrió la sublevación montemolinista del capitán Corrales, que si bien no fué tan imprevista que no se tuvieran de ella algunos ligeros indicios, la rapidez con que siguió la realizacion á la sospecha, impidió que pudieran prevenirse sus primeros efectos. Oigamos al mismo general referir sus operaciones.

»Habiendo yo establecido, dice, la costumbre de tener conferencias militares con los jefes de los cuerpos en los dias 1.<sup>o</sup> y 15 de cada mes para tratar de asuntos del servicio, les manifesté en la del 1.<sup>o</sup> de marzo, que sabia de una manera fidedigna que en tres distritos se trabajaba con empeño para seducir al ejército, y principalmente á la clase de sargentos, con el fin de provocar una insurrección militar, y que por lo tanto era preciso estar muy alerta. Todos fueron de opinion de que no parecía creible que se intentase una cosa semejante en Aragón y mucho menos en Zaragoza donde es tan bueno el espíritu público; pero á pesar de todo convinieron en vigilar á los sargentos observando su conducta, si gastaban mas de lo regular, y cualquiera otro indicio que pudiera hacer creer lo que se sospechaba de aquella clase. Pero así en las conferencias subsiguientes como siempre que me veian me aseguraban los jefes que nada absolutamente habian observado que los indujese á sospecha alguna.

»De este modo se pasaron tres meses, hasta que en la noche del 22 al 23 de mayo y á cosa de la una de la madrugada, se me presentó un oficial del escuadron de Baile, manifestándome que toda la caballería, compuesta del referido escuadron y las secciones que había en la ciudad de los de Aragón y Cataluña, habian botado sillas de orden del capitán Corrales, saliendo del cuartel por la puerta del campo, en estado de abierta insurrección. Interrogándole yo mas minuciosamente pude al fin llegar á enterarme de que el hecho habia tenido lugar del modo siguiente:

»Hallábase aquel oficial con otros dos mas, uno por cada escuadron de servicio en el cuartel, cuando á eso de las diez de la noche se presentó el capitán Corrales, prestando que tenia su caballo enfermo y se puso á jugar con ellos al tresillo. Nada recelaron al pronto los oficiales, hasta que de improviso se vieron sorprendidos por los sargentos armados de carabinas y acompañados de algunos paisanos, uno de los cuales era el cabecilla Puelles. Encerraron entre todos inmediatamente á los oficiales en un cuarto, desde donde pudieron oír que

»la tropa ponía sillas y formaba en el patio, hablándose de Carlos VI, pero también que a los soldados les decían que en Calatayud había estallado una insurrección y que el capitán general estaba ya en la casa de la Cadena esperando los escuadrones para marchar en aquella dirección. Era esta ficción tanto más verosímil y a propósito para engañar al soldado cuanto que se hablaba, hacia días, en Zaragoza de una insurrección carlista que debía efectuarse en Calatayud; y estos rumores habían tomado tal cuerpo que desde el 16 estaba yo tomando medidas de prevención y el 22 precisamente había ordenado por el telégrafo a las autoridades de aquella población que reconcentraran en ella los nacionales de Ateca, el Fresno y Aniñón, además de la pequeña columna del comandante Villanueva que estaba hacia tres meses en observación del campo de Bello, donde reclaba yo se levantasen los cabecillas Marco. Estas medidas con las cuales se evitó el alzamiento de Calatayud daban, pues, un gran color al engaño de que Corrales y sus cómplices se valían para sacar a los soldados de su cuartel.

»Traté de tomar inmediatamente las disposiciones necesarias y como el oficial que me había traído la noticia no supo dárme la dirección que los insurrectos habían tomado, envié para averiguarla a mis ayudantes a los caminos de Madrid y Navarra, mandando al mismo tiempo tocar generala y formando con el mayor orden las tropas en sus cuarteles y los batallones de la milicia Nacional en sus puntos de reunión acostumbrados.

»Al amanecer revisté uno por uno los batallones de la milicia, que estaban reunidos desde las tres y media, encomendándoles la custodia y el orden de la ciudad, y sabiendo ya la dirección de los sublevados, racioné mi tropa y me puse en marcha, sobre las cinco de la mañana, con unos seiscientos infantes que era toda la guarnición de Zaragoza, y 50 caballos de nacionales. La escasez de esta arma fué causa de que en el momento de mi marcha hiciese salir al comandante Moriones con la comisión de reunir toda la caballería de carabineros, mis una sección del escuadrón de Aragón que había en Cinco Villas, previniéndole se dirigiese a la Almunia, pasando el Ebro por Gallur para incorporárseme lo más pronto posible.

»Llegué a la Muela dos horas después de haber salido los sublevados y supe que allí, y no antes, habían leído a la tropa las proclamas de Carlos VI y religión, llegando a su punto mi asombro y el de todos al ver que se habían metido en semejante empresa los sargentos de caballería, casi todos aragoneses y muchos de familias muy comprometidas por la causa liberal. Esto hacia que todos los jefes y oficiales de los escuadrones sublevados que, excepto el capitán Corrales, me acompañaban anhelasen dar vista a los sublevados en la creencia de que apenas los viesen la tropa al menos volvería a su deber. Yo que participaba también de este error, después de un ligero descanso, seguí la marcha, y al llegar cerca de la Almunia supe que los sublevados, no habiéndose, por recelo de los nacionales, atrevido a entrar en el pueblo, se habían dirigido a Almonacid de la Sierra, donde aun permanecían.

»Hice alto para esperar a la infantería que traía ya siete leguas de marcha y, dándola un descanso, sobre las cinco de la tarde me puse en movimiento sobre Almonacid, haciendo que de la Almunia se me reuniesen una compañía de nacionales y unos 20 guardias civiles para que, como más descansados pudiesen seguir a la caballería, propiéndome con esta adelantarme hasta dar vista a los insurrectos. Llegábamos cerca de Almonacid, cuando vimos en efecto, que por detrás de un cerro se corrían aquellos en dirección a Cariñena.

»Los seguí a un paso más vivo, previniendo al brigadier Thomas que mandaba la infantería que formándola en columna siguiese por el llano de Alfamén en la misma dirección de Cariñena. Anochecía ya cuando les dimos alcance, y habiéndose adelantado los jefes y oficiales a recordar su deber a los soldados insurrectos, estos los recibieron al sable y carabina, de lo que resultaron al momento tres oficiales heridos, viéndose en seguida toda la fuerza sublevada sobre mí que con los nacionales de caballería habíamos quedado en reserva; pero la compañía de nacionales de la Almunia y los civiles, ocupando una corraliza, rompieron el fuego y los contuvieron. Acto continuo viendo que no podían llevar el carro donde conducían la caja del escuadrón de Bailén le abandonaron, rompieron ésta y se repartieron apresuradamente el dinero, tomando después la dirección de Paniza, donde algunos nacionales de Cariñena los siguieron en observación.

Tal fué el choque de Alfamén que algunos han criticado al general GURREA, pero nosotros en vista de la anterior relación que hace el mismo general extractándola de un *diario de operaciones* que llevó uno de los oficiales de su E. M., creemos que no puede hacérsele otra inculpación que la de haber participado del error en que estaban los jefes y oficiales de que a su voz se reducirían los soldados a su deber; error muy disculpable si se atiende a lo extraño del suceso, pues ni aun en tiempo de la guerra civil se habían visto cuerpos enteros proclamar a D. Carlos, y a la confianza que siempre ha infundido la buena disciplina del soldado español, aumentándose esta confianza con las noticias que por el camino daban los paisanos de que la tropa iba engañada.

El general GURREA continúa:

»Visto el éxito del choque y que por el pronto era imposible continuar la persecución por no tener más caballería que la ya expresada, alojé aquella noche mi tropa en Alfamén, donde ya a la mañana siguiente se me incorporó el comandante Moriones con la caballería de Cinco Villas, y aunque algo fatigada todavía la tropa, pude aquel día moverla hasta Aguaron. Supe allí por confidentes, que había enviado aquella madrugada, que la caballería insurrecta desde Paniza se había dirigido a Aguaron, haciendo desde aquí un nuevo movimiento que me indujo a creer que su propósito era, y en efecto no me engañé,

»el de incorporarse a la partida que aquella noche había levantado Marco de Bello en Acered, donde se hallaba, formada de gente de Calatayud, ribera del Giloca y campo de Bello. Marché en el momento a situarme en Mainar, supuesto que no tenía otro paso la caballería que el de Campo Romanos, y al día siguiente 23, por si intentaban pasar el río por Burbaguena, me situé en Cucalon.

»Los insurrectos entonces viendo que no podían verificar su reunión con Marco, por haberme yo interpuesto, se dirigieron rápidamente a Caspe, donde siempre hay muchos elementos carlistas; pero ya cerca del pueblo tropezaron con la columna del coronel Mateo, que recorría también hacia tres meses los pueblos de la tierra baja, por mi orden, pues recelaba yo allí alguna insurrección. Viéndose acosados también en las orillas del Ebro los sublevados retrocedieron rápidamente sin parar hasta Ejulve, siguiéndolos el coronel Mateo hasta Alcorisa, de donde no pudo pasar aquella noche porque la caballería estaba rendida de fatiga.

»Cuando supe el movimiento de la caballería hacia el Ebro destaque una columna al mando del brigadier Thomas en persecución de Marco, y previne al brigadier Serrano Bedoya, que venía de Madrid, que no siguiese a Calatayud con arreglo a las instrucciones que llevaba, sino que dejando la carretera se inclinase desde Alhama al campo de Bello poniéndose en combinación con el brigadier Thomas, para la destrucción de la partida Marco. Tomadas estas disposiciones me puse en marcha, siguiendo el derrotero de la caballería, y pernoctando el 27 en Huesa y el 28 en Alloza, de cuyos puntos había salido la partida García unida ya con la caballería insurrecta. Durante la marcha de aquel día y de aquella noche combiné la persecución de aquella gente por medio de cuatro columnas, a saber: la del comandante general de Teruel que se hallaba ya en la parte de Segura, la del coronel Mateo que subía de Alcorisa, la del de igual clase Pieltain a quien previne ocupase aquella noche a Estercuel, y la que operaba a mis órdenes. A pesar de esta combinación no perdí de vista la tierra baja, donde más que en ninguna otra parte recelaba la insurrección más peligrosa.

»Con esta expectativa y aguardando noticias de Alcañiz, no quise ponerme en marcha temprano el 29, y en efecto, a las 11 de la mañana recibí el parte del gobernador de Alcañiz anunciadome el conato de desarmar aquella milicia nacional y la insurrección de Caspe, Maella, Mazaleón, Valdealgorfa y otros pueblos del Maestrazgo. No pertenecía ya aquel territorio a mi distrito; pero siendo aquella parte la que menos confianza me inspiraba me decidí a marchar sobre la nueva facción, dejando las instrucciones convenientes para la persecución de García a las columnas Pieltain, conde de Pestagua y Mateo.

»Marché rápidamente con la mía aquel día a Calanda y al día siguiente llegué a Alcañiz. Como el gobernador de este punto me asegurase que todas las partidas reunidas se hallaban en Caspe, desde luego concebí la esperanza de destruirlas al día siguiente, y al efecto seguí a pernoctar en Valdealgorfa, previniendo a la tropa antes de alojarla que estuviese pronta a formar al romper el día. Subían los montemolinistas aquella noche de Caspe a pernoctar también a Valdealgorfa y cuando supieron que me hallaba también alojado allí, entró en ellos el desaliento y fueron a refugiarse a los Vales, terreno llamado así porque le forman cinco pequeños e intrincados valles, que partiendo del Azud de Caspe van ensanchando y vienen a terminar a lo largo del caño alto que conduce de Valdealgorfa a Maella.

»Ignoraba yo este movimiento de los carlistas, por no haber vuelto todavía mis confidentes, cuando al amanecer formé las tropas; pero conociendo el terreno desde la anterior guerra civil bien se me alcanzaba que no tenían otro refugio; así que, puesto en marcha al llegar a la altura del primer valle destapé una columna, haciendo lo mismo en los demás, hasta que con la corta fuerza que llevaba ocupé los cinco valles con otras tantas columnas que debían coincidir al Azud de Caspe. Los carlistas se hallaban en el primer valle llamado Valdejerique, y al ver desembocar la columna, como el terreno está cubierto de pinares bajos, lograron pasarse a Valcomuna sin ser vistos, con el objeto de colocarse a retaguardia a incorporarse con García; pero tropearon con la segunda columna: pasaron del mismo modo al otro valle Valmedianas y se encontraron con la tercera columna, y convencidos entonces de que los cinco valles estaban ocupados, retrocedieron precipitadamente al Azud de Caspe, donde ya desembocaban las dos columnas de la izquierda mandadas por el coronel Salcedo. Estas destruyeron completamente sin grande esfuerzo a los carlistas, quedando muertos algunos en el campo y presentándose a indulto en aquella noche todos los que la habían formado y lograron escapar. Y tal era la importancia que en mi concepto tenía este suceso que al dar cuenta al gobierno en la misma noche del 31 desde Maella dije: «que confiaba en que en breves días podría anunciar la completa pacificación del país.» Pude aventurar este anuncio en primer lugar por el efecto que había de producir en Navarra y Cataluña, y después porque conocía mejor que los que me criticaban el espíritu del país, y sabía los elementos que había en la facción García, única que ya quedaba, y en la cual había introducido si no la discordia al menos el desaliento, induciendo a las mujeres, madres o hermanas de los que la formaban de los pueblos de Alloza, Andorra, Calanda y otros para que fuesen a exhortar a sus parientes a que volvieran a sus hogares.

»El día siguiente 1.º de junio me detuve en Maella un fuerte temporal; pero el 2.º marché a Alcañiz donde se me presentaron a indulto, previo convenio verbal dos de los principales jefes de la partida desbandada en los Valles. A estos hice ver que el país quería la paz y les indiqué que si los cabecillas que huían con García se me presentaban a indulto les libraría de la pena capital, que era lo único que estaba en mis atribuciones, pues siendo muchos de ellos oficiales revalidados tenían que someterse a un consejo de guerra y a la resolución del gobierno.

»Estas indicaciones, la destrucción de la partida del bajo Aragón en los Valles, y la de Marco de Bello por las columnas de Serrano Bedoya y Thomas el dia 28, debían aumentar el desaliento en la facción de García, y en esta confianza me puse en marcha el 5 para Calanda llevando dividida mi fuerza en dos columnas por las dos orillas del río, sabiendo que parte de la caballería contraria había bajado hacia el Desierto. Combinada la marcha para encontrarse por la tarde las dos columnas en Mas de las Matas, pasé yo de Calanda con la mira de acercarme á las columnas de Pieltain, Pestagua, Mateo y Thomas que ya venían á incorporárseme. Esta última fué la que al llegar á Mas de las Matas supo que la caballería había retrocedido con mi movimiento hasta Agua-viva, donde logró darla alcance cogiendo algunos prisioneros. El resto de esta partida haciendo aquella noche una marcha casi increíble, logró pasar el Ebro y fué después destruida en la provincia de Lérida.

»Dejando al cuidado del brigadier Tomás la persecución de esta caballería hice marchar las columnas Pestagua y Mateo á Alloza, sitiándome yo en Castellote á esperar avisos de los brigadiers Serrano y O'Donnell á los cuales había dado instrucciones, como también á Pieltain para la persecución de García, el cual anduvo siempre acosado entre cuatro, cinco y aun seis columnas, que no le dejaban ni un momento de descanso.

»El dia 5 empezaron ya á presentárseme en Castellote los jefes y oficiales de la partida de García, y el 6 se habían ya presentado todos, dejándole solo con su secretario y unos 50 aballos de los sublevados de Zaragoza. En los mismos días 5 y 6 recibí avisos de los alcaldes de Calanda, Forcalanda, Alcorisa, Alloza, Olite, Molinos, Ejulve y demás pueblos, de haberse presentado á indulto todos los mozos que se habían marchado con García, de modo que el dia 6 hubiera podido ya dar la proclama, anunciando la completa pacificación del país; pero por si aun quedaba alguno lo diferí hasta el 8.

»Destacué, por último, al comandante Landa con 40 caballos de cabineros en persecución de los que habían acompañado á García hasta que este se ocultó, y los cuales habiendo intentado pasar el Ebro por Gallur tuvieron que retroceder, y fueron hechos prisioneros por los nacionales de la ribera del Jalon. Así terminó una insurrección que se presentaba tan formidable, siendo de notar que no solamente Corrales, Puelles y Hernando, que sacaron la tropa de los cuarteles, expiaron su traición, sino que no logró fugarse ni un solo sargento ni soldado de los sublevados.»

Hasta aquí el relato del general, que siendo tan completo nada nos deja que añadir; sino, respecto á los que le han criticado el no haber empleado mayor rigor, que parece natural que terminada tan felizmente la insurrección se contentara con que la ordenanza juzgase á los que debía juzgar, y es indudable que su buen comportamiento con los pueblos y corporaciones municipales contribuyó á la más pronta pacificación del país.

Apenas este había tenido tiempo de reponerse de la alarma causada por esta insurrección, ocurrieron nuevos disturbios en Zaragoza. Fieles nosotros á nuestro sistema de dejar al general en completa libertad de explicar los principales sucesos y operaciones de este importante mando, nos limitaremos á reproducir los siguientes párrafos de unos apuntes suyos que vamos siguiendo. Dicen así:

»En la tarde del 11 de noviembre de 1835 me participó el alcalde que algunos grupos de la hez del pueblo habían ido á su casa pidiendo que se bajase el precio del pan y el de la leña; que había procurado disuadirlas, pero que se habían ido á la puerta del Angel á hacer desembarcar el trigo que se exportaba. Le dije entonces que fuese inmediatamente al punto indicado, y que con la guardia de nacionales que allí había, reforzada con la del principal, prendiese á los amotinados. Estos se resistieron, según supe después, y habiendo yo oido tocar generala creí seria de orden del alcalde; pero no fué así, y formados los batallones insistieron en venir á reunirse al Coso desobedeciendo abiertamente á sus jefes y oficiales. Exigieron estos á las 9 de la noche, que me presentase á los batallones; yo lo hice así, exhortándolos á que se retiraran, y cuando creí conseguirlo se renovó la confusión por haberse creído acusado un nacional por su jefe de querer matarme. Nombróse después una comisión que se entendiese con otra del ayuntamiento contra el cual demostraba la milicia grandes quejas y odio marcado, y entonces se vió que se convertía aquello en una manifestación política, pues exigían que aquella corporación reclamase otra marcha del gobierno. Mientras esto pasaba sonaron muchos tiros sin que supiéramos la causa, y los batallones se retira-

ron, haciéndolo después las comisiones, con oferta del ayuntamiento, de ocuparse de sus reclamaciones locales; pero desentendiéndome yo de todo lo que expusieron respecto á política.

»A la mañana siguiente volvieron á reunirse los batallones espontáneamente y dijeron que no depondrían las armas hasta que el ayuntamiento quisiera satisfacer las reclamaciones de una comisión de sus oficiales. El ayuntamiento reclamó mi presencia, y en efecto asistí á la sesión, en la que, después de un largo debate, logré al fin que se retiraran los batallones. Entretanto me hallaba yo en la situación más delicada: desde el primer momento de alarma tenía las tropas en los cuarteles y en la mejor disposición, si bien solo ascendían á 800 infantes y 150 caballos; pero aun con fuerzas más numerosas no me hubiera decidido á ponerlas en una colisión cuyas consecuencias hubieran sido funestas para la ciudad y de trascendencia acaso para todo el país. Me decidí, pues, á esperar una reacción favorable, trayéndome poco á poco la gente sana de la milicia y obrar después.

»Por telégrafo comuniqué mi plan al gobierno; este le aprobó, y desde el 12 hasta el 13, al mismo tiempo que aparentaba una indiferencia completa, trabajaba sin descanso sobre todo por la noche. A las doce de la del 13 reuní en mi casa á los jefes de la milicia y de la guarnición. Creía yo poder contar ya con 15 compañías de la milicia, y embebiendo estas con las del ejército formé cuatro columnas, y a las ocho de la mañana, cuando todos me creían dormido, ocupé militarmente cuatro puntos estratégicos de la ciudad, y llamando á los jefes y oficiales de la milicia hice que ellos mismos procediesen al desarme de unos 800 nacionales que, saltando á la ley, estaban armados y habían sido causa de aquellos alborotos.

»Estos son los hechos en resumen, siendo falso, como se ha querido suponer, que luego devolví los fusiles á todos: los devolví á unos 50 que fueron indebidamente desarmados. No es mas exacto lo que se ha querido suponer que yo hiciese dimisión á consecuencia de aquellos sucesos, no era esto posible cuando el gobierno había aprobado completamente mi conducta.

»Las causas de mi dimisión eran muy anteriores á aquellos sucesos, y ya antes la había hecho en más de una ocasión, y así no hay más que ver la Real orden aceptándola en que así consta.»

Nada nos queda que añadir después de este relato sino que el general GURREA continúa desde entonces en la situación de cuartel.

Hé aquí el cuadro de sus ascensos y años de servicio.

FECHA DEL NOMBRAMIENTO.			EMPLEOS.	AÑOS DE SERVICIO.		
Dia.	Mes.	Año.		Años	Meses.	Días.
1.º	Julio.	1834	Soldado distinguido de Carabineros. . . . .	»	6	15
16	Enero.	1835	Alferez de caballería. . . . .			
16	Julio.	1835	Grado de teniente. . . . .	1	6	18
4	Agosto.	1836	Teniente. . . . .			
15	Marzo.	1837	Grado de capitán. . . . .	»	9	25
29	Mayo.	1837	Capitán. . . . .			
22	Junio.	1838	Grado de teniente coronel. . . . .	3	»	1
30	Mayo.	1840	Comandante. . . . .	1	4	13
13	Octubre.	1841	Teniente coronel mayor. . . . .			
10	Noviembre	1841	Grado de coronel. . . . .	1	8	18
1.º	Julio.	1843	Coronel. . . . .	11	1	»
50	Julio.	1843	Brigadier de caballería. . . . .			
29	Julio.	1854	Mariscal de Campo. . . . .	1	9	2
ABONOS.						
Por la guerra civil. . . . .					5	8
Total de servicios hasta fin de diciembre de 1855. . . . .					27	2
						»

El Mariscal de Campo D. IGNACIO GURREA está condecorado con tres cruces de San Fernando de 1.ª clase, las de Mendigorría, toma de las líneas de San Sebastián, asalto de Irún, toma de Morella, 7 de octubre y otras de distinción por acciones de guerra. Después de haber manifestado su valor durante la campaña en las diversas vicisitudes que ha corrido á causa de su consecuencia política, el general GURREA ha dado pruebas de un carácter independiente y enérgico, que no se abate con las desgracias de la vida; y estas circunstancias le han conquistado un puesto honroso en las armas y en la política.

